

BOLIVIA Y EL RASTRO ESQUIVO DE LO PERDIDO

Juan Francisco Montalbán Carrasco

Diplomático*

“No nos malinterprete, no somos un país difícil ni conflictivo, véanos más bien como un pueblo melancólico”, me explicaba un buen amigo mientras juntos divagábamos en busca de claves de la historia boliviana. Una melancolía por momentos abrumadora, añorante de grandezas y dichas pasadas, reales o fabuladas, coherentes o contradictorias, que se lamenta por los jesuitas expulsados con su utopía comunitarista bajo el brazo, por el orden colonial perdido y luego por el perfecto diseño republicano, liberal e ilustrado, de Bolívar y Sucre que apenas sin tomar forma se diluyó, por la Provincia Litoral, el Acre o el Chaco arrebatado por agresión o sustraído tras desatinos políticos, que se enfurece por la plata y el estaño que nos quitaron a cambio de nada y por el gas, y el litio, que no se llevarán los extranjeros sin dejar antes prosperidad e industrias y justicia para los desposeídos, melancolía en Sucre por la relevancia perdida y en El Alto por el atávico Tiwantinsuyo que volverá un día, liberador e implacable... Tristeza, coraje y anhelos que van de los solemnes discursos políticos a las peñas nocturnas en las que cueca y chacarera o sones andinos nos dejan, al ritmo alegre de las guitarras, letras sentidas, del amor que se fue, de la patria benefactora que pudo ser.

Gunnar Mendoza, insigne historiador que pasó cincuenta años al frente del Archivo Nacional, inmerso en sus anaqueles, reflexionaba sobre cómo el sentimiento de insatisfacción, inherente a la naturaleza humana, se convierte en el plano social en descontento, en subversión, “un tema sempiterno en la historia de

* Ha sido Embajador de España en El Salvador y en Bolivia

América Latina por las características de su evolución”. Y añade: “Bolivia es un ejemplo caudaloso de esta norma”.

¿No será también que la inmensidad y el aislamiento del país lo ensimisma, que el entorno forja individuos indómitos y excesivos, quiméricos? ¿No será que su belleza agreste lo confunde, esa majestuosidad de horizontes sin fin, de cimas y valles y selvas entre las que surgen, en medio de la nada, ciudades de fuerte tradición y raigambre, tras cientos de kilómetros de solitarios caminos en los que apenas se dejan ver poblados paupérrimos o rebaños de llamas perdidas entre pampas y bufedales? ¿Será la dispersión y la ignorancia de tantas piezas arcaicas de su historia lo que hace difícil reconstruirla y entenderla, aceptarla, darle forma moderna, construir una sociedad de entendimiento y un Estado pactado por todos sus ciudadanos?

La historia documental y artística de Bolivia yace en rincones remotos y distantes, esperando quien la desentrañe, junte los vestigios y descifre los legajos, y profundizando en ellos encuentre explicación a tantas preguntas que hoy atormentan al país y quizás armonía e inspiración para el porvenir. Quien compense la tristeza de los recuerdos y las ilusiones frustradas con la construcción, ahora sí, de un futuro mejor.

La orden jesuita llegó a Bolivia en la segunda mitad del siglo XVII, primero a las llanuras amazónicas de Moxos y después a la Chiquitania cruceña, y hasta su expulsión administraron por delegación de la Corona las reducciones, donde cristianizaron a los indígenas y gestionaron gobierno y hacienda con ánimo protector e igualitario. Hace apenas treinta años, con la recuperación arquitectónica de las magníficas iglesias de la región, se fue teniendo constancia de la existencia de un gran patrimonio musical barroco, de miles de partituras y hojas de música sacra, misas cantadas, óperas y villancicos, compuestas por europeos e indígenas, que empezaron a aparecer en sacristías casi derruidas, en casas particulares y en comunidades apartadas en las que de padres a hijos se habían custodiado en secreto. En San Ignacio de Moxos, en el Archivo Misional en Concep-

ción, un grupo de esforzados especialistas trabaja por completar la recuperación de tan deslumbrante acervo, limpiando escrupulosamente documentos con siglos de existencia, que luego se digitalizan, conservan, clasifican, estudian... y se interpretan y divulgan con emoción deslumbrada.

En 1551, el emperador Carlos V instruye la creación de una nueva Audiencia en América, en la ciudad de La Plata de los Charcas, hoy Sucre, “cerca de las minas de Potosí”, para que administrara justicia y dispusiera de amplias competencias en muchos otros asuntos, de tributación, obras públicas, nuevos asentamientos, evangelización... Su ámbito territorial, siempre en tensión con el Virreinato de Lima, llegó a cubrir por el norte hasta Cuzco, Moxos y Santa Cruz, y Tucumán, Salta y Paraguay al sur. Mediante un proyecto hispano-boliviano de cooperación, un grupo de minuciosos paleógrafos transcribió durante años todos sus acuerdos, que, ordenados en diez tomos, fueron presentados públicamente en la Corte Suprema de Justicia, en Sucre, el quince de agosto de 2007. Cerca de tres siglos de historia, entre 1561 y 1826, política y jurídica pero también de vida cotidiana, hasta entonces guardada en el Archivo Nacional de Bolivia, se ponía así a la más amplia disposición de eruditos y curiosos, para responder a la pregunta siempre intrigante de quiénes eran y cómo se conducían nuestros antepasados y qué heredamos de ellos. Aquella tarde de agosto, mientras se sucedían los discursos en la Corte, en la sede de la Asamblea Constituyente, a pocos metros, la bancada mayoritaria del MAS decidía excluir del debate sobre la nueva carta magna la cuestión de la plena capitalidad, iniciando así un amargo y profundo desencuentro entre el Gobierno de la República y el movimiento cívico sucreño que hoy todavía supura.

Cuando hace algo más de dos años se inició la restauración del conjunto misional de piedra de San José de Chiquitos, nada hacía presagiar que tras capas y revoques de cal iban a surgir pinturas coloniales que recreaban escenas de un pasado olvidado, decoraciones ajedrezadas y dibujos en las arquerías, iconografía religiosa sobre las virtudes cardinales o el desposorio de la Virgen, un retrato

completo de Fernando VII, un grupo de soldados tal vez escoltando a los jesuitas expulsados de todos los territorios españoles en 1767... Sobre la interpretación de todo ello empiezan ya a cavilar los historiadores.

Como se preguntan acerca del significado del torreón de la ciudadela imperial de Inkallajta, en lo más profundo de la provincia cochabambina, o de los descomunales grabados esculpidos en la roca del fuerte de Samaipata, plazas adelantadas de la contención incaica de los chiriguano del oriente, o sobre la génesis de las culturas hidrológicas del Beni o el desmoronamiento del reino enigmático de Tiwanaku.

La Villa Imperial de Potosí, “siempre ínclita, augusta, magnánima”, en palabras del cronista Bartolomé Arzáns, “benigna y piadosa madre de ajenos hijos... orbe abreviado”, vivió un esplendor de siglos y luego, desde el XIX, un lento declive. A su renacer reciente, minero y turístico, contribuyó la laboriosidad de sus gentes, mecenas públicos y privados, y personajes abnegados como las religiosas carmelitas que restauraron el Convento de Santa Teresa. En sus arcones y desvanes aparecieron piezas valiosas y sugerentes, de azaroso itinerario previo, que aún se están catalogando, retablos y muebles, custodias y orfebrería, porcelanas llegadas de medio mundo, tejidos, libros, esculturas y obra pictórica singular. Todo ello dote de adineradas novicias o donación de ricos piadosos. A pocas cuerdas, en la Casa de la Moneda, su cuadro más famoso, La Virgen del Cerro, condensa en una alegoría intrincada y sorprendente la religiosidad andina y la hispana, en una coronación de María cuya figura se funde con el Cerro Rico y la Pachamama, la Madre Tierra. De su anónimo autor, apenas existen indicios.

¿Compartía acaso inquietudes vitales con los geniales artistas de las impresionantes pinturas sobre el juicio final, apocalipsis, infierno, purgatorio y cielo, en los muros de la iglesia de adobe de Curahuara de Carangas, en medio del altiplano, o en los lienzos descomunales de la iglesia de Carabuco junto al Titi-kaka?

Si algún viajero audaz desea llegar desde La Paz al parque natural del Madiidi bordeando el lago, las estribaciones de la Cordillera Real y la frontera con Perú, y camino hacia Apolo hace noche previa en Charazani, no deje de visitar, en el pueblo cercano de Curva, a los médicos kallawayas, que compilan en su saber ancestral, empírico y místico, conocimientos botánicos y sanadores que antaño difundieron por todos los Andes y hoy celan en su recóndito reducto.

Alejados de los centros de poder y de intriga, los frailes franciscanos han depositado durante cuatro siglos, en las miles de cajuelas con los legajos del archivo, en los estantes de la biblioteca de San Francisco en Tarija, un enorme caudal de conocimientos, sobre el gobierno, sociedad, labor misional y economía de las tierras del sur de Bolivia, las formas de vida, fábulas, creencias y lengua de los pueblos guaraníes, incontables avatares de la vida colonial y de la republicana, argentina primero y luego boliviana. Siete tomos con una porción de ese legado han sido publicados en 2006, y su estudio apenas comienza a arrojar la necesaria luz sobre el pasado. No se limite sin embargo el interesado a recluirse en una oficina lejana para su lectura, intente visitar el lugar y halle tiempo para la charla sosegada con quienes dedican su vida a preservar este tesoro discreto y profundo. Y si decide pernoctar en la ciudad, la gente es hospitalaria y en la cena no le faltará compañía y conversación, viandas y caldos excelentes. Y avanzada la velada, entre sentimiento y cantos, tal vez presencie un coro de amigos entonando el “chapaco alza”, himno local de rebeldía y ensoñación:

“A mí no me sacan del pago en que vivo,
la tierra es del hombre como es de los pájaros.
¿O acaso la tierra la han hecho los ricos?
¿Quién es el que pone linderos al aire?
¿Y quién se hace dueño del agua del río?
Y como no hay dueños pa’ l aire ni el agua,
tampoco hay patrones pa’ l suelo en que piso...”

Madrid, julio de 2009